



### EL ZOMBÍ DEL OBRADOR,

6

### EL MULATO DE MURILLO.

Hacia el año de 1630, en un bello día de verano, varios jóvenes desembocaron por diferentes calles de Sevilla, adelantándose hacia la casa del célebre pintor Murillo. Cuando llegaron á la puerta se saludaron amistosamente, Isturiz á Prado, éste á Fernandez, Mendez á Gonzalez, y Córdoba á todos, y lanzándose escalera arriba entraron en el taller uno en pos de otro.

Aun no se hallaba en él el maestro, y todos los discípulos se acercaron apresuradamente á su caballete para examinar el trabajo de la víspera, ver si la pintura estaba seca, y admirar su propia obra.

—Por Santiago de Galicia! exclamó Isturiz, cuál de vosotros salió el último del taller?

—¿Estás dormido aun? respondieron á un tiempo Córdoba y Fernandez: ¿no te acuerdas que todos salimos juntos?

—Es una chanza muy pesada, señores, dijo Isturiz algo enfadado: ayer limpié mi paleta con todo cuidado, y me la encuentro tan sucia como si uno de vosotros se hubiese servido de ella toda la noche.

—Mirad, otra figura en la estremidad de mi lienzo, saltó Prado: ¿quién demonio se divierte todas las mañanas en trazar figuras ya en mi lienzo, ya en la pared? Hasta en tu caballete, Fernandez, habia ayer una.

—Es Isturiz; tu paleta te acusa, dijo Fernandez.

—Os juro que no, señores.

—No jures, porque te creemos: tú no eres capaz de hacer esta figura.

—Con todo, Prado, no las hago tan malas como tú: parece que lo haces adrede.

—Toma! toma! exclamó Gonzalez, ¿pues no están enteramente mojados mis pinceles? Por el viejo patron de las Españas que aqui pasa todas las noches una cosa extraordinaria.

—A que vas á creer como el negro Gomez, dijo Isturiz que es el *Zombi*?

Mendez que hasta entonces nada habia dicho ocupado como se hallaba en considerar una de esas figuras, composicion atrevida, admirable, y que todas las mañanas aparecian esparcidas aqui y allí, exclamó al oir las últimas palabras de Isturiz.

—A fe mia que si es el *Zombi* de los negros el que pinta estas figuras, deberia hacer la cabeza de mi vírgen en mi descendimiento de la cruz; asi como asi, por mas que, me devano los sesos no quiere mi pincel hacerla tan pura y tan casta como deseo.

—Y al decir esto fué á acercarse á su caballete, cuando lanzó una exclamacion, quedándose mudo y pálido ante su lienzo.

Una hermosísima cabeza de vírgen bosquejada solamente, pero de una espresion admirable, sobresalía en medio de los personajes que la rodeaban con tal pureza en sus líneas, tanta gracia en sus contornos, que semejava á una aparicion venida allí por medios sobrenaturales.

—¿Qué es lo que os sucede? preguntó una voz dura y cascada, que sacó á los discípulos de su admiracion, haciéndolos inclinar respetuosamente delante del que hablaba.

—Vedlo vos mismo, señor Murillo, respondieron todos mostrando con el dedo el caballete de Mendez.

—¿Quién ha pintado esto? quién ha pintado esta cabeza, señores? dijo Murillo vivamente: hablad; el que ha bosqueja-



do esta vírgen será algun día nuestro maestro. Y bien, añadió viendo que todo el mundo callaba, nadie habla, pero Murillo, señores, quisiera haberla hecho. Por el alma de mi padre que es soberbia. Qué toques, qué delicadeza, qué suavidad! Mendez, has sido tú, habla?

—No señor, dijo Mendez con aire consternado.

—Entonces eres tú, Isturiz, ó tú, Fernandez, ó tú, Gomez? Pero todos respondieron en el mismo tono que Mendez.

—No señor, no he sido yo.

—Pues ella no ha venido sola, dijo Murillo con impaciencia

—Ya lo creo, señor, respondió Córdoba, el mas jóven de los discípulos, á quien asustaban no poco esas apariciones de figuras; y no es la primera cosa sobrenatural que sucede en nuestro taller. Aquí hay aparecidos, señor.

—Que se marchan luego, respondió Murillo riendo.

—Es verdad, dijo Fernandez, yo no soy tan simple como Córdoba.

—Gracias, dijo este.

—No hay de qué, amigo. Pero como os decia, yo no soy tan simple como Córdoba, y sin embargo digo que hace mucho tiempo pasan aqui cosas absolutamente increíbles.

—¿Qué es lo que pasa? preguntó Murillo sin dejar de admirar la cabeza hecha por un pincel desconocido.

—Señor, continuó Fernandez, nosotros segun nos teneis prevenido, nunca nos retiramos del taller sin dejarlo todo puesto en orden, limpia nuestra paleta, enjutos los pinceles, y colocado el caballete, y cuando llegamos por la mañana no solamente todo está trastornado, lo de arriba abajo, nuestros pinceles llenos de pinturas, y nuestras paletas cargadas de colores, sino lo mas singular es que hay aqui y allá figuras, á fé mia maravillosas, unas veces es una cabeza de ángel, ó de un diablo, otras el perfil de una jovencita, ó la figura de un anciano, y todo esto admirable, señor. Hoy ya lo estais viendo. Asi que si vos no sois el que trabaja durante la noche mejor que lo hacemos nosotros de día, preciso es creer como Córdoba que será algun diablo.

—Si fuese yo, me alegraría mucho, pues ciertamente no me habria de negar autor de una sola de esas facciones, de esos lineamientos donde, si hay alguna incorreccion en el bosquejo, tiene tambien una espresion singular. Sebastian....! Sebastian, voceó interrumpiéndose. Pronto, vamos á saber quién ha hecho eso. Sebastian, añadió dirigiéndose á un mulatillo de unos catorce años, que habia acudido á su voz. ¿No te he mandado que te quedes aqui todas las noches?

—Si señor, dijo el muchacho intimidado.

—¿Y lo haces en efecto?

—Si señor.

—Entonces dí, quién ha estado aquí esta mañana antes que estos señores?..... responde, mal esclavo, ó quedas señalado de mi mano, replicó Murillo enfadado, al muchacho que se oprimía las fauces sin contestar.

—Ah! no quieres responder, añadió Murillo tirándole de la oreja.

—Nadie, señor, nadie, se apresuró á decir Sebastian todo temblando.

—Mientes.

—Nadie mas que yo, se lo juro á usted, señor, dijo Sebastian poniéndose de rodillas en medio del taller, y tendiendo sus manos suplicantes hácia su señor.

—Escúchame bien, volvió á decir Murillo. Quiero saber quien ha hecho la cabeza de esa vírgen, y todas esas figuras que mis discípulos encuentran todas las mañanas cuando entran en el taller. Esta noche en vez de dormir te estarás despierto, y si mañana no has descubierto el culpable, llevarás veinte y cinco azotes: ¿lo entiendes! ea, á moler colores, y ustedes, señores, á trabajar.

Dióse principio al estudio, y quedó el taller en silencio por un rato, mientras se hallaba presente el maestro Murillo, que entusiasta por su arte, le hallaba demasiado sublime para tolerar en su taller mas conversacion que la que tenia relacion con la pintura; pero apenas se retiró se desquitaron los discípulos, y como lo que entonces tenian mas presente eran aquellas figuras tan delicadas y tan suaves que parecian nacer por la noche para ser reemplazadas á la siguiente, vino á rodar la conversacion sobre esta materia.

Mendez fué el primero que rompió el silencio.

—Cuidado con las disciplinas; Sebastian, si mañana no dices quien es el culpable..... Tráeme un poco de amarillo.

—No lo necesita usted, señor Mendez, ya ha puesto usted bastante.... En cuanto al culpable he dicho que es el Zombí.

—Qué bellacos y animales parecen estos negros con su Zombí, dijo Gonzalez riéndose.

—El Zombí es como quien dice un alma en pena; mas tened cuidado señor Gonzalez, dijo Sebastian con cierta ironía, porque el Zombí sin duda ha estirado tanto el brazo de vuestro San Juan, que si el otro se le parece podrá desatarse los lazos de sus zapatos sin tener que bajarse.

—Saben ustedes, señores que Sebastian hace observaciones muy exactas, dijo Isturiz mirando el San Juan de Gonzalez.

—Oh, dicen que los negros se parecen á los monos, con mas el habla de los loros, dijo Gonzalez afectando cierta indiferencia.



—Con la sola diferencia que el loro no hace mas que repetir lo que oye, y Sebastian es exacto en lo que dice y se le ocurre, observó Fernandez.

—Por casualidad, como el loro, repuso Gonzalez.

—Nada tiene de extraño, dijo Mendez que no podia olvidar lo del amarillo, que á fuerza de moler colores haya llegado á distinguirlos.

—A distinguirlos sí, pero á saber servirse de ellos es muy diferente, señores, replicó Sebastian, que aprovechando la libertad del taller se mezclaba con frecuencia en la conversacion de los discípulos, ademas de que podia decirse con verdad que la inteligencia y buen ojo de este esclavo eran tales, que indecisos los discípulos muchas veces para la graduacion de un color, ó para dar un toque, no se desdeñaban consultarle y seguir su consejo, siempre exacto y fundado, y por lo mismo tambien al paso que lo mortificaban lo querian mucho, y por la tarde de este dia que sabeis, no hubo uno que al salir no le dijese dándole una palmadita en el hombro:

—No te duermas, Sebastian; atrapa al Zombí, ó cuidadlo con los veinte y cinco azotes.

Era de noche, y el taller del señor Murillo el pintor mas famoso de Sevilla, aquel taller tan alegre durante el dia, tan ruidoso, tan animado, habia quedado silencioso y solitario, una sola lámpara ardía puesta sobre una mesa de mármol, y no lejos de esta mesa, un jóven cuyo color se confundia con la sombra que le circundaba, pero cuyos ojos relucian como diamantes, se mantenía de pie apoyado contra un caballete.

Inmóvil, recto y fijo, se le habria creído dormido, tan absorto estaba en sus reflexiones; preciso era tambien que fueran de una naturaleza bien seria, puesto que habian abierto la puerta del taller sin gran precaucion, y un individuo cuyas facciones no dejaba ver la sombra, se acercó á él y lo llamó dos veces por su nombre, sin obtener respuesta. A la tercera, le urgó con la mano.

Sebastian levantó los ojos, y vió á su lado un grande y hermoso negro.

—Que quiere usted padre, le dijo tristemente.

—Hacerte compañía, Sebastian.

—Es inútil, padre, váyase usted á acostar, yo velaré solo.

—Y si viene el Zombí.

Sebastian se sonrió tristemente.

—No le tengo miedo, padre.

—Puede llevarte y entonces, hijo mio, el pobre negro Gomez no tendria quien le consolase en su esclavitud.

—Oh! que duro es ser esclavo, padre, dijo el muchacho llorando.

—Que quieres tú, hijo? Dios lo ha querido, dijo el negro con resignacion.

—Dios! dijo el muchacho levantando los ojos hácia la cúpula acristalada del taller, por la cual se descubrian las brillantes estrellas del cielo.—Dios! le ruego tanto, padre mio, que algun dia me oirá, y dejaremos de ser esclavos..... Mas vaya usted á descansar, padre, vaya usted: yo voy á acostarme allí en aquella estera de junco, y á dormir.... Buenas noches, padre, buenas noches.

—La verdad, Sebastian! ¿no tienes miedo al Zombí?

—Padre mio el Zombí, es una supersticion de nuestro pais Fray Eugenio os lo ha esplicado como á mi que no existen en la naturaleza seres sobrenaturales. Dios no lo permite.

—Entonces, ¿por qué, cuando los discípulos preguntan quien ha hecho todas esas figuras que se ven aquí todas las mañanas, les respondes tú: el Zombí.

—Para divertirme, padre, y hacerlos reir, á esto está todo reducido.

—Pues vaya, buenas noches, hijo, dijo Gomez, y despues de haber abrazado á su hijo se retiró.

Luego que Sebastian se vió solo, saltó de contento. Vamos ahora á trabajar. Pero, volviendo sobre sí, exclamó: veinte y cinco azotes mañana sino digo quien ha hecho las figuras, y quizás mas si lo digo. ¡Dios mio, iluminadme!

Y Sebastian se arrodilló sobre la estera que le servia de cama todas noches. En breve el sueño sorprendió al muchacho en medio de sus rezos, y su cuerpo habiendo encontrado un punto de apoyo contra los azulejos del taller, se quedó dormido.

Alguna claridad entraba ya en el taller cuando Sebastian despertó. Eran la tres de la madrugada, otro muchacho cualquiera habria vuelto á dormirse; pero Sebastian que solo contaba con tres horas de que poder disponer, tres horas de libertad, obligó su cuerpo á despertar, sus ojos á mantenerse abiertos, sus piernas á moverse, y su brazo á obrar.—Animo, ánimo! Sebastian! se decia esperezándose; tres horas son tuyas, nada mas que tres horas; aprovéchate de ellas, lo demas del tiempo pertenece á tu dueño, esclavo!—Seamos libre á lo menos por tres horas.

—Despertó al fin.

Primero, dijo, borrarémos todas estas figuras, y toman-do un pincél, lo mojó en aceite; mas acercándose á la Virgen que con la media luz que recibia parecia mas suave y mas pura:

Borrarla, añadió, borrarla!.... prefiero que me castiguen, que me maten; borrarla! ellos no se han atrevido, y yo, yo tendré mas ánimo que ellos! oh! no; esta cabeza tiene vida, respi-



ra, habla...Dios mío! pero si la borrarse me parecería que iba á correr su sangre, que la quitaba la vida. No, no, mejor será acabarla.

Y espresada apenas esta idea, ya la paleta estaba en las manos de Sebastian, y los colores se aglomeraban en ella á porfía: Brevemente quedó cargada y Sebastian se puso á pintar.

De momento en momento aparecía el día y Sebastian absorbo en su cuadro que tomaba vida bajo su pincel trabajaba, pintaba.

—Otra pinceladita, decia, luego mas suavidad aqui en esta tinta, despues esta boca..... oh! Dios mío, ella se abre! sus ojos me miran.... esta frentel que pureza lo! Virgen mía.... y Sebastian olvidaba la hora, se olvidaba de que estaba trabajando, y de los veinte y cinco azotes prometidos: todo, todo, lo olvidaba el jóven artista, en presencia de su composicion; no veia mas que la cabeza de la Virgen Maria, con su risueño rostro. Estaba tan distraído el pobre muchacho que creyó morir, cuando oyó ruido detras de él, volvió la cara y vió á todos los discípulos, que seguian á sus maestros.

No le ocurrió siquiera buscar alguna excusa; con su paleta en una mano y sus pinceles en la otra bajó la cabeza y aguardó silencioso el castigo que creia haber merecido.

Siguióse un momento de silencio de una y otra parte; porque Sebastian habia quedado petrificado viéndose cogido en fragante delito, y el maestro Murillo y sus discípulos no estaban menos sorprendidos de lo que veian.

Murillo, impuso silencio por señas á sus discípulos que no podian contener el ímpetu de su admiracion, y acercándose luego á Sebastian con semblante frio y severo para ocultar su emocion, paseaba alternativamente sus miradas desde su esclavo, que parecia convertido en estatua á aquella hermosa cabeza de vírgen que parecia animada. En seguida dijo:

—Quién es tu maestro, Sebastian?

—Usted, respondió el muchacho con una voz apenas inteligible.

—Tu maestro en pintura, Sebastian?

—Usted, señor, respondió otra vez el esclavo, temblando.

—Jamás te he dado yo lecciones, dijo Murillo admirado.

—Pero usted las dá á los otros, y yo las escucho, confesó el muchacho alentado por el tono amable de su señor.

—Por el viejo patron de España! exclamó el pintor, que tú hacías mucho mas que oirlas; te aprovechabas de ellas. Señores, añadió, sin poder contener su admiracion, volviéndose á los discípulos este muchacho merece un castigo ó una recompensa?

Al oir la palabra castigo, faltó poco á Sebastian para des-

mayarse, pero la palabra recompensa lo reanimó. Cortado, creyendo haber oído mal, levantó tímidamente los ojos hacía su señor, como para implorarle.

—Una recompensa, señor, exclamaron todos los discípulos á un tiempo.

—Está bien, y cuál?

Sebastian empezó á respirar.

—Diez ducados á lo menos, dijo Mendez.

—Oh! quince, señores, añadió Fernandez.

—No, dijo Gonzalez, un hermoso vestido nuevo para el día de la festividad de la santísima Virgen.

—Habla tu, Sebastian, dijo Murillo, mirando á su esclavo, que no daba muestras de agradarle ninguna de aquellas promesas; habla, ¿son esas recompensas de tu gusto?.... Estoy tan contento de tí, chico, de tus composiciones, de tu toque ligero y admirable, del estilo de tu colorido, de esa cabeza de Virgen en fin, que tu pincel ha creado, que te concederé todo lo que quieras, todo: habla, espícame tus deseos; nada temas Sebastian, te lo juro por el alma de mi padre, que te será concedido lo que me pidas, si de mi depende.

—Oh! señor, si yo osase....

Y Sebastian se puso de rodillas ante su señor, con las manos cruzadas y se veía en los labios entreabiertos de aquel muchacho, se leía en sus ojos espresivos, sobre su frente de un genio, como un pensamiento devorador, que la timidez tenia únicamente retenido impidiéndole manifestarse en el exterior.

Creyendo alentarle, ó sugerirle un pensamiento, cada uno de los discípulos le impulsaba amistosamente apuntándole al oído:

—Pídele oro, Sebastian.

—Pídele ricos vestidos, Sebastian.

—Sebastian, pídele que te admita en el número de sus discípulos.

Un débil rayo de alegría lució en los ojos del mulato al oír estas palabras de Mendez; pero hizo con la cabeza un signo negativo.

—Pídele tambien el sitio mejor espuesto á la luz, dijo Gonzalez, cuyo caballete estaba mal colocado á causa de que habia entrado el último en el taller.

—Vamos, Sebastian, ánimo decía el señor Murillo, sonriéndose para sí de la indecision en que creía metido al mozo: decídetes, habla.

—El maestro es hoy tan bueno! le dijo Fernandez casi en voz alta, aventúrate; pídele tu libertad, Sebastian.

Sebastian arrojó un profundo suspiro, y despues clavando la vista en su señor, exclamó con la voz ahogada por las lágrimas.



—Oh! la libertad de mi padre, la libertad de mi padre, señor!

—Y la tuya tambien, hijo, dijo Murillo, que ya no se podia contener, arrojándose á levantar á Sebastian entre sus brazos, y estrechándole contra su pecho: tu pincel ha manifestado en tí al hombre de genio, y tu peticion prueba que eres un hombre de gran corazon; el artista está completo; desde hoy no solo eres mi discípulo, sino mi hijo. Dichoso Murillo! he hecho mas que pintar cuadros, he formado un pintor.

Murillo cumplió su palabra, y Sebastian Gomez, que es mas conocido por el nombre del mulato de Murillo, llegó á ser, gracias á este, uno de los pintores mas célebres que honran la España; se admiran todavia en las iglesias de Sevilla una *Virgen* de Belen, una *Santa Ana* admirable, un *San José* muy bello y sobre todo un Jesus amarrado á la columna, con San Pedro á sus pies.

Niños míos, hacepoco he visto un drama, el D. Juan de Austria de Casimiro Delavigne, en el cual me ha llamado la atencion una frase. D. Juan ignora su nacimiento: se le dijo que tal vez seria un nadie:—*Jamas*, respondió, *es uno de obscuro origen, cuando es hombre de ánimo generoso.*

He encontrado esta respuesta admirable, amigos míos, y he querido probaros esta verdad del poeta por medio de un ejemplo. En casi todas mis narraciones os he presentado niños nacidos de padres pobres y oscuros, que han llegado por su solo mérito á los primeros puestos de la sociedad. Si bello y nobles es poder continuar llevando con honor el nombre de su padre, mucho mas hermoso y mas noble es adquirirse un nombre por sí mismo, y mi corazon me predice que entre vosotros que me leéis, ó niños, habrá mas de uno que estimulado por mis relaciones, esclamará con ardor y con la firme resolucion de cumplir su palabra.

—Y yo tambien me adquiriré un nombre!

## HISTORIA

### DE LAS DESGRACIAS DE UN ABEJORRO

Y DE LAS

### AVENTURAS DE UNA HORMIGA.

Era un hermoso dia de verano, apenas lanzaba el sol sus primeros rayos cuando una diligente hormiga habia ya dejado su morada subterránea, y corria lejos buscando alguna mosca, moscardon, ó gusanillo para la subsistencia del hormiguero.

En su camino encontró un gordo abejorro que iba lentamente arrastrando.

—Buenos dias, compadre mio, le dijo la hormiga, caminais bien despacio esta mañana; ¿estais malo?

—Vecina, respondió él, sino corrierais como una aturrida, veriais que en lugar de seis patas solo tengo cinco, y entonces no me echarias en cara mi lentitud.

—Cualquiera que sean vuestras aventuras, replicó la hormiga, estoy muy persuadida que están muy distantes de parecerse á las mías: Escuchad, compadre, cuando como yo se han experimentado desgracias, se toma parte en los males de otros. Decidme las causas de vuestros pesares y os prometo contaros toda mi historia.

—Me inspirais confianza, vecina; puesto que me ofreceis la narracion de vuestras aventuras, no os dejaré ignorar nada de las mías.

Es menester primero daros algunas nociones sobre nuestra manera de vivir. Sabed que un abejorro no tiene la dicha de conocer á la que le dió el ser.

Cuando una madre abejorro, se siente á punto de hacer su postura, escoge una tierra ligera, donde se encuentra un gran número de plantas sabrosas, de raíces tiernas; se introduce en ella á pié y medio de profundidad, hace un hoyo bastante espacioso y depone cerca de unos cien huevos, vuelve en seguida sobre la tierra, se posa sobre la rama de un árbol, está allí amortecida durante dos ó tres dias y despues, muere.

Hace cuatro años que salí de uno de aquellos huevos. Todos mis hermanos recibieron la existencia al mismo tiempo que yo. Nos encontramos reunidos en la tierra en número de mas de ciento. No creais que éramos entonces abejorros, insectos perfectos. Cada uno de nosotros era solo una larva, un gusano grueso, de un blanco sucio, de figura bien fea, pero dotado de una quijada muy activa, y de excelente apetito. Entonces pudimos apreciar la prevision de nuestra madre, porque nos encontramos colocados en medio de una prodijiosa cantidad de raíces de un gusto esquisito. Hicimos un consumo inmenso de ellas, y sin embargo, no experimentamos jamás escasez. Despues de tres años pasados así, sin necesidades, sin cuidados, sin inquietud, cada uno de nosotros sufrió en su persona, una revolucion. Entonces cambió de forma y se convirtió en una crisalida. En este estado, se está metido en un sueño casi continuo: el hambre no se hace sentir jamas, ni se tiene boca para satisfacerla.

En fin despues de haber pasado cerca de un año en una especie de letargo, experimentamos otra metamórfosis. Aquella que debia hacer toda mi felicidad, fué la fuente de todos



mis males, y no puedo pensar en ella sin derramar lágrimas.

Una vez convertido ya en abejorro, estaba en las profundidades de la tierra muy incómodo, sentía la necesidad de acercarme á la superficie; mis hermanos experimentaban el mismo deseo. En fin, á fuerza de escarbar con nuestras seis patas nos encontramos sobre esta tierra

¡Que magnífico fué el espectáculo que se ofreció entonces á mis ojos! qué admirable me pareció esta tierra adornada de una cantidad tan innumerable de plantas floridas de grandes árboles guarnecidos de hojas de un sabor exquisito. Me apresuré á hacer uso de mis alas: iba de rama en rama, de hoja en hoja, de flor en flor; hacía comidas deliciosas. Nada faltaba á mi dicha. En lugar de una habitacion subterránea húmeda, triste donde la claridad nunca penetra, vivía en medio de un dilatado bosque; respiraba allí un aire balsámico; en lugar de alimentarme solo de raíces podía variar mis alimentos, escoger entre las hojas, las flores y los frutos, que mas li-sonjeaban mi gusto; en lugar de ser solo un gusano vil, hediondo, era un insecto brillante, de una forma elegante, provisto de dos alas que parecían de gasa, defendido por una espesa coraza; en lugar de arrastrar por la tierra, podía marchar, volar, y lanzarme á los aires.

Un dia, porque no fué el último de mi vida! oímos hablar á dos niños que se habian parado al pié del árbol que nos servia de refugio.

Uno de ellos le dijo al otro: sin duda están en este tilo; voy á subirme á él; si los veo los cojeré y te los echaré. Encaramado en el árbol, el jovencito, viendo un número tan grande de abejorros, demostró su alegría por ruidosas exclamaciones, y sin mas tardar, nos arrojó á tierra Ninguno de nosotros se pudo escapar, porque fuimos sorprendidos en el instante de la fuerza del calor del dia y en el momento de nuestro sueño.

Nos colocó el jóven en una gran caja con hojas recién cogidas. Nuestra suerte estaba lejos de ser feliz; mas habría sido soportable, si por los discursos de uno de los niños no hubiese sabido que corrimos el mayor riesgo. Nos guardaban, porque uno de sus hermanos era naturalista. Para su instruccion, buscaba los insectos, y á fin de examinarlos les pasaba sin compasion un alfiler por medio del cuerpo.

El bárbaro naturalista se apoderó de mis compañeros, los clavó un largo alfiler por el cuerpo. En cuanto á mi, mas muerto que vivo fuí cogido por el estudiantito que me ató á la pata un hilo que tenia en su mano, y para hacerme volar me llevó al patio al aire libre, y me cantaba con tono bien triste y monótono palabras que empezaban. Abejorro vuela, tu marido está en la escuela.... Si yo salí volando no fué para satisfacerlo, sino

para probar como ponerme en libertad. Este niño sin razon y sin reflexion creia sin duda que mis alas eran infatigables pues al punto que yo dejaba de volar, me agitaba en todas direcciones, cantándome su eterna copla. ¡Cruels niños! cuantos padecimientos causais muchas veces á los desgraciados animales con vuestras diversiones!

Queriendo otro niño que yo le perteneciese se armó una disputa en la que perdí mi pata que se quedó asida al hilo. Apesar del dolor inaudito que experimentaba, tube sin embargo fuerza para tomar vuelo. Me dirijí fuera de la ciudad, ácia el árbol que está cerca de aqui y en que pasé la noche.

Juzgad, vecina, por estos detalles si tengo motivo de estar melancólico y hablar de mis desgracias. Toda mi familia está dispersa y quizá no existe ya.

—Compadre, vuestra historia es interesante y me ha conmovido mucho. Puede ser que encontréis algunos de vuestros hermanos y entonces os reunireis con ellos. Mas no es charlando como yo lleno mis almacenes. Se hace tarde y es menester que os deje.

—¡Como! vecina, me faltariais á la palabra?

—No, no, compadre; mañana á la misma hora hallaos aqui, y os referiré como os he prometido mis aventuras.

—A mas ver, vecina.

El dia siguiente por la mañana temprano, nuestra laboriosa hormiga estaba la primera en el lugar de la cita.

—Compadre, le dijo esta, venis á tiempo porque me faltaba ya la paciencia. Si no hubiese tenido miramiento á que estais enfermo hace una hora que me habria marchado.

—Vecina, me parece, que gustais daros importancia. Podriais decirme todo eso que teneis que hacer y cuales son vuestras grandes ocupaciones? Pasearos, beber, comer y dormir.

—Compadre, la pregunta que me haceis me demuestra que no conoceis las costumbres de las hormigas. Sabed, que somos nosotras las que construimos en la tierra nuestras salas, nuestros corredores, nuestras galerias, nuestras celdillas, nuestros almacenes. Sabed que para conservar nuestra habitacion siempre en buen estado, es menester trabajar sin cesar levantar la tierra que se desprende, fortificar los pilares, cimentar las bóvedas, en fin impedir que penetren las aguas de las lluvias, ir á buscar algunas veces muy lejos los materiales, como pedazos de madera, de paja, de yerbas, y muchas otras cosas.

Y ademas no es indispensable cuidar nuestras larvas? porque antes de ser hormiga, somos un gusanillo blanco. ¿No es preciso procurarnos alimento para esas larvas, darles el cebo, y en seguida sacarlos fuera para que respiren el aire libre y gozar del benéfico calor del sol, no es menester volverlos á



entrar cuando el tiempo no les es favorable, cuando está lluvioso por ejemplo; ó bien tambien cuando las hormigas enemigas quieren quitárnoslas, no para comérselas, como podiais creer, sino para retenerlas y servirse de ellas en calidad de criadas, de esclavas, luego que hayan hecho su metamórfosis? No es preciso dar combates sangrientos para defender la entrada de nuestra morada?

No tenemos tambien que cuidar nuestras crisálidas ayudándoles cuando se cambian en hormigas; guiar sus pasos de hormiga nueva, hacerlas conocer el interior del hormiguero, vigilar que no se estravien de él cuando empiezan á poder salir? ¿No tenemos en fin, que servir á nuestros reyes y reinas?

—¿Qué, vecina exclamó el abejorro, existen entre el pueblo hormigas reyes y reinas? Y que es lo que las distingue de los otros insectos de su especie?

—Compadre, habeis tal vez encontrado en vuestros paseos hormigas con alas; pues bien, esas son nuestros reyes y reinas. Nosotras que estamos desprovistas de alas somos trabajadoras.

Nuestros reyes y nuestras reinas no se entregan jamas á los trabajos del hormiguero. No van tampoco á buscar su alimento; nosotras le traemos su subsistencia.

La sola ocupacion de nuestra reina es poner huevos. Es para nosotras objeto de la mas tierna solicitud. La vereis siempre acompañada de un grupo de trabajadoras que están encargadas de prevenir todos sus deseos, de velar por su seguridad.

Comprendeis segun estos pormenores que no tenemos tiempo de permanecer ociosas. En fin, compadre, á la relacion de mis aventuras:

Un dia se acababan de abrir las puertas del hormiguero en que he nacido, porque es menester deciros que todas las noches, se atranca la entrada de nuestras galerías, á fin de que el aire ó nuestros enemigos no penetren en el interior, durante la noche; me apresuraba á salir para respirar el bálsamo de la mañana, y para beber sobre las flores algunas gotas de rocío. Dirigia mis pasos hacia un grande árbol cargado de gruesas frutas encarnadas. Contaba con hallar alguna de esas frutas que se llaman, segun creo, cerezas, caidas al pié del árbol, porque habria sido muy molesto para mí subir á él. Mi esperanza no quedó burlada. Entre muchas cerezas escogí una bien madura y mordida, de suerte que pudiese meter allí todo mi cuerpo, á fin de saborear el jugo á mi gusto. Casi en seguida un pájaro se posa cerca de este fruto, le coje con su pico y vuela. Cual fué, compadre mi consternacion! yo destinada por la naturaleza á caminar sobre la tierra, casi á arrastrarme, verme levantada en el aire con una rapidez que no podré describir porque este pájaro tenia sin duda intencion de comer el fruto, me habria debora-

do al mismo tiempo; era además demasiado pequeña para llamarle la atención, para que supiese que yo existía y que él me llevaba consigo me miré pues como perdida sin recurso.

Después de haber volado durante un largo cuarto de hora el pájaro se posó sobre la rama de un árbol, junto á su nido, en el cual se encontraban cuatro hijuelos. Luego que le vieron llegar manifestaron su alegría aleteando; y para hacerle conocer que tenían hambre, abrieron sus picos piando. No dudé que estaba á punto de verme engullida en su estómago con el fruto al cual permanecía agarrada. Sin embargo, me liberté milagrosamente. Otro pájaro vino á ponerse sobre el mismo árbol, y anunció con chillidos su designio de atacar el nido. El primero se precipitó al instante, saliendo al frente para defenderlo, y dejó al mismo tiempo caer á tierra el fruto, del cual me desprendí sin mas tardar.

Me encaramé sobre una ancha hoja del árbol seca para tomar respiración, porque la larga correría que habia hecho contra mi voluntad y con tanta celeridad me habia fatigado mucho. Me pregunté en lo que iba á venir á parar, porque estaba tan distante de mi hormiguero que no podia esperar volverle á encontrar jamás.

Una hormiga viviendo con otras hormigas es dichosa; ignora lo que es tener necesidad. Aislada, su suerte es siempre diferente; tiene que temer el hambre y además una porción de enemigos; les precisó pasar sus días llenos de inquietud. Así me entregaba á tristes reflexiones, muy distante de preveer el nuevo peligro que me amenazaba.

De pronto se levanta un viento de los mas violentos, y arrebató en torbellino un gran inmenso de hojas secas y al mismo tiempo aquella en que yo me habia refugiado para tomar aliento por algunos instantes. Todas aquellas hojas chocaban unas con otras con un ruido espantoso; volvieron á caer un instante en tierra para ser levantadas de nuevo á una altura que ni aun los pájaros pueden alcanzar nunca. Me quejaba de la rapidez de la correría que habia hecho asida á la cereza: y era llevada cien veces con mas velocidad; esta velocidad era la del huracán; juzgad cuál será su violencia.

La hoja se encontraba ya en medio de una nube ya en medio de un turbión de arena de suerte que yo corria el riesgo, volviendo á caer, de verme sepultada de una manera ó de otra.

En fin esta hoja andubo por algun tiempo traqueteada entre las ramas de un árbol donde se encontró tambien detenida fuertemente á pesar de los esfuerzos del viento. Me creí al pronto fuera de peligro, pero otro me rodeaba, y un peligro tal que quién lo habria discurrido? Tube que echar de menos las mayores elevaciones del aire, las nubes de polvo y los remolinos



de arena. La hoja se encontraba detenida por un tegido una suerte de red bastante sólida que servía de habitación á el animal que la habia formado.

Ojalá, compadre, no encontréis jamás este horrible animal, no caigáis nunca en los lazos que arma á todos los insectos! Tiene una figura muy fea, y es escesivamente mal intencionado; vive solo de la matanza sin reservar tampoco á los de su misma especie. Es muy difícil ocultarse á su vista, pues tiene ocho ojos.

Al punto que la araña, porque este es su nombre, vió la hoja detenida en su tela, se incomodó porque temia, con razon que el viento soplando con fuerza contra esta hoja, destruyese toda su obra. Quiso primero apoderarse de mí para devorarme; apenas tube tiempo para agazaparme en un pliegue de esta hoja. Trató de perseguirme allí, mas no pudo introducirse á causa del volúmen de su cuerpo, y muy pronto tuvo que ocuparse de su propia seguridad, porque un violento golpe de viento se llevó la hoja, la araña, y una parte de la tela. En fin esta hoja fué arrojada en medio de un inmenso estanque de agua, donde se criaban peces. Por esta vez creí que iba á morir y que despues de haber escapado del pico del pájaro y quizás de los garfios de la araña iba á ser presa de un pescado.

Mas existe una providencia, compadre. La hoja se deslizaba con mucha celeridad por la superficie del agua que estaba muy agitada, y los pescados no parecian inquietarse con la violencia del viento.

Tuve tiempo para examinar esta especie de animales, enteramente nuevos para mí; los ví de formas muy variadas de todos tamaños y colores: todos tenian la boca provista de un gran número de dientes muy puntiagudos, y supe pronto que los grandes se comian á los pequeños, y que los muy pequeños se tragaban los insectos; porque hay otros tantos insectos en el agua como en la tierra. Lo que yo advertia no podia menos de aumentar mi terror. El miedo de la araña era escesivo, habia sido vista por muchos pescados, que habian tentado en vano atraparla; uno de ellos mas diestro, y que tenia la forma de una culebra, sacó su cabeza del agua se arrojó sobre ella y la cogió. Quedé así libre de un enemigo que podia de un instante á otro tentar satisfacer conmigo su voracidad.

En fin la hoja sobre la cual permanecia yo siempre fué empujada por el viento hasta la orilla donde se encontró detenida por unas cañas. Me dí prisa á salir del pliegue, que hacia tanto tiempo me servia de asilo y de tallo de yerba en tallo de yerba, llegue á tierra al fin de la tarde. Pasé la noche sobre la corteza de un árbol, al dia siguiente por la mañana, me puse en campo raso para reconocer el pais. Despues de dos horas de marcha en-

contré una tropa de hormigas que me hicieron prisionera, y me llevaron á su habitacion donde fuí admitida en calidad de trabajadora. Desde esa época paso mi vida en la tristeza.

—Vecina, dijo el abejorro vuestras aventuras son sorprendentes, pero confesad que vuestras desgracias no igualan á las mías porque teneis todas vuestras patas; y hormiguero por hormiguero tanto vale el que habeis encontrado como el que habeis perdido.

—Compadre, replicó la hormiga, no mirais como un gran infortunio haber abandonado y para siempre el hormiguero en que he nacido, donde se encuentran mis parientes, mis amigos y aquella reina que amo mas que á mi misma, á la que he prodigado tantos cuidados, por la que habria dado cien veces mi existencia?

—Vecina, dijo el abejorro, todo lo que me habeis contado de los hormigueros me dá un gran deseo de ver el vuestro.

—Compadre, si tan solamente fuérais bastante atrevido para acercaros á un hormiguero, sabed que al instante seriais rodeado por una multitud de sus habitantes, que unos se agarrarian á vuestras patas, otros á vuestras antenas, otros á vuestras alas que seriais mordido por todas partes, que un veneno ardiente del cual todas estamos provistas se introduciria por un sin número de heridas que se os harian; que muy pronto os encontrariais agonizando, y que en fin seriais arrastrado al interior del hormiguero para ser destrozado, y devorado.

—Que! vecina las hormigas son animales carnívoros?

Ay! si, compadre. Es verdad que tambien comemos la miel de las flores, la azucar de ciertos frutos, la sabia de las plantas y de los árboles. Cuando encontramos ciertos pulgones, los obligamos á devolver el jugo de las plantas con que se han alimentado y nos bebemos con delicia lo que ellos han soltado. No les hacemos mal alguno. Cuando vienen á establecerse cerca de nuestra morada, velamos por su seguridad y si alguna vez los llevamos á nuestra habitacion, nunca corren riesgo. Nuestra solicitud es, yo lo confieso un poco interesada. En fin no se han de considerar las hormigas como enteramente carnívoras. Pero compadre, mientras hablo con vos no se hace mi tarea. Una prisionera tiene que trabajar mas que cualquiera otra. Si tardase en volver seria reprendida, y aun mal tratada por eso debemos separarnos. Hasta la vista compadre.

—Adios vecina!

